

## EL COLOQUIO DE LOS PERROS Cervantes, 1613

En su undécima novela ejemplar, *El casamiento engañoso*, Cervantes narra cómo un alférez, habiendo sido engañado por una mujer, cayó en una depresión tan fuerte que hubo de pasar los cuarenta sudores en un hospital. Al salir, es socorrido por un licenciado amigo suyo. A cambio del amparo recibido, el alférez cuenta su peripecia conyugal y algo difícil de creer: durante su estancia en el hospital, escuchó el coloquio mantenido por dos perros. En principio, él mismo quiso creer que lo habría soñado, pero no pudo ser así porque los perros hablaron de cosas desconocidas por él. El alférez entrega a su amigo un cartapacio que contiene el coloquio casi palabra por palabra. Al terminar su lectura, el licenciado juzga que, «aunque sea fingido y nunca haya pasado, está bien compuesto».

Leído lo anterior, *El coloquio de los perros* podría ser considerado como un apéndice de *El casamiento engañoso*, conclusión errónea porque, tanto en su extensión como en su contenido, *El casamiento* no pasa de ser una anécdota mientras *El coloquio* toma trazas de tratado filosófico. El título original de esta novela, publicada como duodécima y última de las llamadas ejemplares, es *Novela, y coloquio, que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta el Campo, a quien comúnmente llaman "Los perros de Mahudes"*.

Dos perros, Cipión y Berganza, descubren sorprendidos que han adquirido el don del habla humana, prodigio «sobrenatural» que les durará toda la noche y se extinguirá al salir el sol. Sirviéndose de su nueva facultad, uno de ellos inicia el relato de su vida, dando prueba de que siempre había sido un animal excepcional, pues entendía y razonaba con todo detalle lo que hablaba la gente. Así lo atestigua el nivel cultural de sus citas: «el pastor de Anfriso cantaba estremada y divinamente, alabando a la sin par Belisarda», el sol sale «en los brazos de Aurora» y se pone «en los de Tetis», el pastor Elicio, el pastor de Fílida, Sireno, Diana, Felicia, Amarilis, Galatea, Lisardo, Mauleón, «poeta tonto y académico»... Incluso habla latín e invoca a Dios: «¡*Deum de Deo!* ¡Válame Dios!» Teniendo en cuenta que todo esto lo aprendió mientras custodiaba rebaños, habrá de concluir que los pastores del siglo XVII eran más cultos que la mayoría de los españoles del siglo XXI. O que el

relato no está tan «bien compuesto» como le pareció al licenciado.

Berganza tuvo como primer amo un «jifero» (matarife) que robaba carne para dársela a su amiga. Luego cuidó ganado, viendo cómo los pastores mataban de vez en cuando una oveja y decían a sus amos que había sido el lobo, cayendo la culpa sobre los perros a los que molían a palos. Sirvió luego en casa de un mercader sevillano al que «con la lengua le limpiaba los zapatos. Si me echaban a palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía a hacer halagos al que me apaleaba». A colación de este nuevo servicio, Berganza refiere una fábula de Esopo y elogia la labor de los maestros, alabanza que Cipión secunda: «que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda». Menos consideración merecen los políticos, porque «cuando se cumple con la razón de estado se ha de descumplir con otras razones muchas».

Condenan luego los dos amigos a los «letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados» que abusan del latín. «Tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos». Berganza dice desconocer el significado de la palabra *filosofía* y Cipión se lo explica: «Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son *filos* y *sofía*; *filos* quiere decir amor, y *sofía*, la ciencia: así que filosofía significa amor de la ciencia. Estas son cosas que las saben los niños de la escuela».

Consciente de que al salir el sol perderán el don del habla, Cipión insta a Berganza a terminar su historia. En la casa del mercader sevillano servían una negra y un negro que durante la noche se buscaban para refocilarse. A fin de tener callado a Berganza, la negra le daba viandas. En este punto, el perro da una nueva muestra de su erudición clásica, pronunciando la frase *habet bovem in lingua* (tener un buey en la lengua), y explicando que «los atenienses usaban de una moneda con la figura de un buey, y cuando algún juez dejaba de decir o hacer lo que era razón y justicia, por estar cohechado, decían: «Este tiene el buey en la lengua». Cuando Berganza tomó conciencia de que aquella comida le era robada a su amo, atacó a la negra, que dejó de darle de comer. Para no morir de hambre, no le quedó otra que marcharse de la casa.

Su nuevo amo fue un alguacil que tenía un amigo escribano. Estos dos se servían de unas golfas para seducir a extranjeros. Cuando los amantes estaban en plena faena llegaban el alguacil, el escribano y dos corchetes y los

*sorprendían*, sacándole un buen dinero al incauto. Esto duró hasta el día en que Berganza, que acompañaba a su amo, robó la faltriquera del extranjero atraído por la comida que contenía, dejándola en la calle donde alguno se la encontró. Al no aparecer el bolso se organizó tal trifulca que llegó un teniente y se los llevó a todos a la cárcel, incluida la dueña de la casa. De este personaje se sirve Cervantes para dar una muestra florida del habla de entonces:

«Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entrevo toda costura; no conmigo dijese ni poleos: callen la boca y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada que arroje el bodegón por la ventana y que saque a plaza toda la chirinola desta historia; vuélvase el dinero a este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *a perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado. El arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea; y no conmigo cuentos, que, por Dios, que sé despolvorearme. Ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes.»

Otro tejemaneje del alguacil es su connivencia con Monipodio, «encubridor de ladrones y pala de rufianes». Harto de las maldades de su amo, Berganza le ataca y deja de servirle, yéndose a Mairena, donde se acomoda con un atambor sin importarle que lo «llevase a Italia o a Flandes, puesto que dice el refrán que quien necio es en su villa necio es en Castilla». El nuevo amo le enseña a bailar y hacer otras gracias por las que empiezan a llamarle el *perro sabio*. Durante una exhibición, la vieja hospitalera cree ver en Berganza al hijo de una hechicera amiga, que sufrió un encantamiento. La bruja le suelta una «larga arenga» sobre sus encuentros con el diablo. Describe así a la vieja: «larga de más de siete pies, toda era notomía de huesos; con la barriga que era de badana, se cubría las partes deshonestas, y aún le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencasados los ojos». La bruja cae en trance y Berganza la arrastra hasta el patio, donde la encuentran al día siguiente. La gente se arremolina en torno de ella y le clava alfileres por ver si reacciona. Cuando vuelve en sí, culpa a Berganza de sus dolores. Creyéndole un demonio, le echan agua bendita. «Otros, que no sabían de exorcismos, acudieron a tres o cuatro garrotes, con los cuales comenzaron a santiguarme los lomos».

Huyendo, llega a un campo de gitanos, que le reconocen como el *perro sabio* y lo esconden en una cueva. De ellos aprende su forma de vida, «sus

muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan, así gitanas como gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar [...] Cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres a ser conocidas de otros. Son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar. Ellas no sirven y dan en ser holgazanas. Es mala gente, y, aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan.»

No gustando de esta compañía, aprovecha el paso de la tribu por Granada para escapar y allegarse a un morisco. «Habré de decir algo desta buena gente. todo su intento es acuñar y guardar dinero, y para conseguirle trabajan y no comen, de modo que, ganando siempre y gastando nunca, amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Entre ellos no hay castidad, ni entran en religión: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasadamente los trabaje; róbannos a pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades, que nos revenden, se hacen ricos. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos.» El relato suscita el comentario esperanzado de Cipión: «Celadores prudentísimos tiene nuestra república que, considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios, hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida.»

En ese tiempo, Berganza conoce un mancebo poeta que está escribiendo una comedia. La obra resulta ser tan mala que el día de su presentación a la compañía el autor está a punto de ser manteado. Aun así, en menos de un mes, Berganza aprende «desta gente su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza». Haciendo gracias en los entremeses, Berganza da de comer a su dueño. Hasta que un día, en Valladolid, recibe una herida que casi lo mata y decide acogerse a sagrado, «como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos. Digo, pues, que, viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado; y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intención me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero y me trujo a este hospital.» Allí, escucha las quejas del poeta, de un alquimista, de un matemático y de un arbitrista. Dice el último dellos: «Cuatro quejosos tales que lo pueden ser del Gran Turco ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer a sus dueños.»

Cierra el relato de Berganza su osadía al pretender dar consejo a un corregidor y la forma en que fue corrido por una perra faldillera. Quedó, pues, sin escribir el relato del perro Cipión.

Todas las experiencias referidas llevan a los dos perros a concluir que «muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo [que] para entrar a servir a Dios, el más pobre es más rico» (Cipión), y que «la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay alguna que lo sea. Es un medio que de los enemigos hace amigos, templá la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios; es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios, porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados» (Berganza).

En *El casamiento engañoso* dijo el licenciado encontrar este coloquio «bien compuesto». Tal evaluación mejor le cuadra a otras obras del ramo con menos pretensiones intelectuales y pícaros cuyas andanzas no cuesta creer. Porque si difícil es tragarse que los perros hablen, más lo es que diserten con erudición y sensatez.